

Según ella, todos debemos trabajar, aunque el trabajo no reporte ningún provecho temporal, ni para nosotros mismos, ni para los demás, ⁽¹⁾ á fin de cumplir con un deber moral y religioso impuesto por Dios. Ora sea la mano, ora la lengua ó la cabeza la que realice un trabajo serio, poco importa. Cada uno debe trabajar según su capacidad, lugar, tiempo y vocación. Pero el primer trabajo es aquel que consiste en vencerse á sí mismo para satisfacer por sus pecados, ⁽²⁾ para domar el orgullo de su naturaleza, para adquirir fuerza é imperio sobre sí mismo, base de toda vida intelectual y moral algo elevada. Desde que el mismo Hijo de Dios vivió como obrero en la tierra, ⁽³⁾ nadie puede ver un rebajamiento en el trabajo. Y si los más bellos ornamentos de la humanidad, los santos, han ennoblecido el trabajo, y nos han enseñado con sus palabras y ejemplos á considerarlo como base fundamental de la más elevada perfección, ⁽⁴⁾ nadie debe pensar en poder conseguir su fin moral, si no se apoya en el trabajo como en un bastón de viaje. Si todos considerasen el trabajo desde este punto de vista, la cuestión social perdería su carácter peligroso.

5. El trabajo b) es un deber social.—Sólo colocado sobre esta base moral tiene su justa significación moral el trabajo. Si, en todas las cuestiones de la vida social, la personalidad es lo que constituye el centro de los derechos y de los deberes, aplíquese esto especialmente al trabajo, como es fácil de comprender. La misión social del trabajo surge, pues, de su empresa moral, y se realiza del modo como es comprendida esta última.

(1) Cassian, *Coenob. instit.*, 16, 24.

(2) Barnabas, *Ep.* XIX, 10.

(3) Marc., VI, 3.

(4) Sobre el trabajo de los monjes y su importancia social, cf. Augustin., *De opere monach.*—Al. Gazaeus, *Notae in Cassian. Coenob. instit.*, 2, 3; 10, 7, 22.—Natal. Alexander, *Hist. eccl.* (Bingae) XIII, 385 y sig.—Périn, *Das Reichthum*, I, 227 y sig., 257 y sig.; II, 562.—Ratzinger, *Kirchl. Armenflege*, 101 y sig.—Besse, *Les moines d'Orient*, 355 y sig., 329 y sig.; Ladeuze, *Etude sur le cénobitisme*, 294 y sig.; 321 y sig.; Marin, *Les moines de Constantinople*, 132 y sig., 373 y sig.—Montalembert, *Moines d'Occident*, y otras monografías, entre las cuales se distingue la *Historia de Morimond* de Dubois.

Del mismo modo es también una obligación rigurosa, que no sufre excepciones, trabajar con miras al conjunto. Todos debemos trabajar, á fin de hacernos independientes, en la medida de lo posible, á fin de no ser una carga excesiva para los otros,—porque todos los hombres sin excepción «llevan los unos las cargas de los otros», ⁽¹⁾—á fin de ganar, en cuanto esté de nuestra parte, el alimento necesario á la vida.

Pero establecemos, y no sin razón, restricciones á estos tres motivos. Puede ocurrir que alguien, por causa de circunstancias independientes de su voluntad, sea incapaz de ganarse la vida. En este caso, mientras esté en disposición de trabajar, y en el supuesto de que pueda hacerlo, tiene derecho á una parte de los bienes de la totalidad, por lo menos en la medida en que lo necesite para vivir, porque la sociedad lo ha recibido todo para beneficiar con ello á todo el mundo. Por esta razón, la aceptación de un socorro jamás puede ser una vergüenza para el que querría trabajar, si estuviese en estado de poder hacerlo. ¿Es capaz de algo? Lo poco que hace, ¿compensa lo que se le ha dado? ¿No puede hacer nada? Se tienen en cuenta sus buenas disposiciones, y no debe aumentarse la pena que experimenta, por no poder ganar nada, no haciendo caso de su incapacidad, no apreciando su buena voluntad.

Por otra parte, no hay pobre alguno que esté en un estado tan miserable que no pueda hacer algún servicio. En materia de trabajo, no hay que considerar únicamente lo que puede medirse y pesarse; preciso es también tener algo en cuenta el tiempo, el espíritu y la fe. La paciencia, la penitencia, las oraciones, que un mendigo escrofuloso ofrece á Dios, para que no prive de sus bendiciones á la sociedad en castigo de los pecados que comete, tienen, sin duda alguna, mil veces más valor á los ojos de todo hombre moral, que esa pequeña limosna que un trabajo excesivo le ha procurado al final de su vida, y que ha podido ser ganada cien veces por anticipado.

(1) Gal., VI, 2. Ephes., IV, 2.

Pero el que no trabaja cuando podría hacerlo, y el que ni siquiera tiene voluntad de hacer lo que está en su mano, sea mucho ó poco, no tiene derecho á gozar de lo que pertenece á toda la sociedad. ⁽¹⁾ De aquí que diga el Apóstol: «Si alguno no quiere trabajar, no coma». ⁽²⁾ No lleva la dureza hasta decir: «El que no trabaja», sino que dice sin restricción: «el que no quiere trabajar».

Esta ley no admite excepción para ninguna persona, ni clase, ni vocación. Éste debe desde luego trabajar para ganarse la vida, y puede apreciar el trabajo que exige á veces un trozo de pan seco. Aquél ha recibido al nacer más de lo necesario; no conoce ni los cuidados, ni la miseria. ¿Es ello una razón para ignorar lo que es el trabajo? No: tiene obligación, con relación á la sociedad, de ganar, si no con un trabajo penoso, por lo menos con un trabajo elevado, el rico salario que ha recibido por adelantado. El trabajo hecho después del salario no es menos meritorio que el hecho antes del salario. Pero nadie debe comer el pan de la sociedad, sin haberlo ganado, ni siquiera el emperador. ⁽³⁾ Cuanto más numerosos son los bienes que uno posee, mayor es la obligación de trabajar para merecer la propiedad de ellos. Las circunstancias externas de nacimiento, de donación, de suerte, por las cuales estos bienes se convierten en propiedad de uno, no son para él más que una ocasión accidental de apropiárselos, pero suponen que se obliga á contribuir al trabajo social en una medida tanto mayor, cuanto que las necesidades externas no le obligan al trabajo privado.

6. Significación de la expresión *trabajo social*.—Con las palabras *trabajo social*, expresamos una de las ideas más ignoradas de nuestra época.

El liberalismo, esa filosofía del individualismo, nada tiene de común con ella. Esto es claro, porque en todas sus

(1) *Constit. apost.*, 2, 4; 2. Ambros., *Off.*, 2, 16, 76. Cassian, *Collat.*, 24, 12.

(2) *II Thes.*, III, 10.

(3) Reinmar von Zweter, 2, 140 (Hagen, *Minnesinger*, II, 202).

concepciones aparece opuesto á ella como la luz á las tinieblas. Todo el pensamiento de la época marcha también en esta dirección, lo cual es una prueba de la fuerza con que el liberalismo lo ha corroído todo en torno suyo, y destruído las bases del orden social. No hay que perder de vista que el liberalismo ha quebrantado en los espíritus las ideas fundamentales de la vida social, para no asombrarse de los juicios incomprensibles que oye uno á cada instante sobre este punto; y esto no sólo de la boca de hombres del pueblo, descontentos y sin educación, sino también de los llamados espíritus ilustrados. Hay innumerables hombres y clases sociales completas, que, á juicio de la mayoría, no trabajan, y son como miembros muertos adheridos al cuerpo social. Curioso es ver cuán enmohecido tiene nuestra época el sentimiento, y cuán insensibles los nervios, bajo este concepto. ¿Para qué sirve el clero?—se dice:—¿Qué utilidad ofrecen esas masas de sabios? ¿Qué papel puede ya representar la vieja nobleza? ¿Acaso un gran propietario, cuyo único trabajo consiste en cortar sus cupones, y en consumir los frutos del trabajo ajeno, no es un cero en la sociedad?

Cuestiones son estas que muestran todo el vigor que posee aún el limitado espíritu racionalista, espíritu que ha engendrado al liberalismo. Y de tal modo domina, que á menudo siembra la confusión en la inteligencia de aquellos contra los cuales se dirige y les hace perder la conciencia de sí mismos. Si este mal sólo es general en los últimos tiempos, mucho falta todavía para que los hombres de toda condición se muestren satisfechos de su situación, y tengan exacta conciencia de su estado.

En la época en que el liberalismo ejercía su mayor influencia en los espíritus, rebajáronse los nobles hasta convertirse en intendentes de los teatros de la corte, en maestros de baile, para hacerse útiles en algo, según creían. Por su parte, el clero rivalizaba en celo con los popes rusos en los más bajos y humillantes empleos, ó buscaba por lo menos mostrar su utilidad á la sociedad, predicando ser-

mones conformes con el gusto de la época sobre las precauciones que debían tomarse para evitar la viruela, ó sobre el extracto de café. Tales eran los verdaderos medios para que estas clases se hiciesen despreciables, y se sumasen á los ociosos é inútiles, porque el que hace un trabajo que no corresponde á su condición, ó que perjudica al trabajo de su estado, es un miembro inútil y aun peligroso para la sociedad; es como una mano enferma, que no realiza su trabajo, pero que se encarga en desquite de las funciones del estómago, es decir, que absorbe todos los jugos del cuerpo, que es un mal en este último. Para obtener baratas alabanzas, puede un rey, por algunos momentos, tomar el arado de manos de un pobre campesino, pero sería muy triste que fuese el único trabajo con el cual supiese hacerse útil á su reino.

Desgraciadamente, este deseo de intervenir superficialmente en todo ha penetrado en las clases influyentes, y muestra, en estos tiempos de materialismo, cuán rara se va haciendo toda idea de trabajo social. Si el jefe del Estado se preocupa de los cambios del viento, ó de los clavos para zapatos, todo el mundo se convencerá de que carece de la justa noción de sus obligaciones. Sin duda que es una gran desgracia que la nobleza y las clases ricas é ilustradas sólo encuentren ocupación en placeres frívolos; pero tampoco es de desear que hagan los trabajos de los campesinos, que amaestren ellos mismos sus caballos, ó que, emprendiendo negocios comerciales arriesgados, operaciones de banca, se pierdan en especulaciones funestas á la sociedad.

Todo el mundo debe trabajar, pero no es necesario que cada uno haga toda especie de trabajo. Basta que haga el trabajo que le conviene, con lo que hará más en provecho de la sociedad, que si se mezcla en todo. Obrar de este modo, sería el verdadero medio de entorpecer el movimiento en toda la línea. Esta tendencia es, por desgracia, una enfermedad de nuestra época, cuya causa consiste en que se han suprimido los lazos de unión entre las clases, gracias á las especiales categorías de miembros en que

cada una de ellas se recluta. Así es como ha desaparecido por completo la noción del trabajo de estado, que antiguamente representaba un papel tan importante. El aprendiz quiere ser maestro, el señor obrero, el conde maestro de equitación, guarda forestal y amaestrador de perros, el ministro maestro de escuela, panadero, predicador, obispo, tendero de ultramarinos y periodista, en una sola y misma persona.

Preciso es que esto cambie, porque es el único modo de entorpecer los trabajos de que tanto necesita la sociedad. Si el arquitecto hace el trabajo del albañil, y se olvida del suyo propio, ¿en qué se convertirá el edificio, sino en un informe montón de adobes? Que los humildes procedan como humildes, y los grandes vigilen y guíen á los pequeños; sin esto, no saldremos jamás de la actual confusión, que es el carácter distintivo de nuestra actual situación social.

La demanda apremiante que nuestra época dirige especialmente á los hombres de las clases elevadas é ilustradas, consiste en que se hagan útiles por el trabajo social, pero por ese trabajo social conforme con su estado. De este modo, se elevarán muy pronto á su nivel propio, y se colocarán á la cabeza de la sociedad, de la que no parece sino que deben desaparecer y morir. No tienen necesidad alguna de encargarse por sí mismos del trabajo de las clases obreras, ya que esto no es de gran alivio para la sociedad. Pero trabajar seriamente, no sólo por recreo; avanzar en el estudio del derecho y de la cuestión social, en la regeneración de la agricultura y de la industria sana, en la manera de emplear en el fomento del bien los descubrimientos y las renovaciones útiles; convertirse en modelos del pueblo, con vida ejemplar de familia, con sana conducta religiosa y con educación completa; ponerse á la cabeza de las grandes obras emprendidas para el bien común, para fines de beneficencia, para el desarrollo de instituciones científicas que contribuyan á la cultura y á la moralización del pueblo; fomentar las artes, la

literatura, la buena prensa, la defensa de la verdad, la protección de la moral, la influencia de la Iglesia; ser para el pueblo un guía, un consejero, un avisador, un defensor, un representante, un centro, por la participación personal en sus intereses, he aquí trabajos, y trabajos sociales propiamente dichos, trabajos que convienen á la nobleza y á todos los que se lisonjean de figurar á la cabeza de la sociedad. ⁽¹⁾

Con razón la nobleza, y con ella todo el que se halla animado de buenas intenciones para con la sociedad, lamenta la decadencia de su antiguo esplendor. Pero ella no ha perdido más que las otras clases. ¿Existe entre ellas una que tenga conciencia de su valor social? ¿Hay alguien todavía que se muestre orgulloso de su situación en la sociedad? ¿No hemos llegado hasta el punto de que nadie sepa ya lo que es la sociedad? Pero ¿por qué se ha llegado hoy hasta el punto de que un príncipe prusiano no obre ya con la calma sólida, seria, reflexiva, de un tejedor de Colonia de hace seis siglos, ó de un obrero de Hamburgo, á quienes estaba prohibido presentarse en sociedad con la cabeza desnuda, á fin de que la dignidad de su clase no sufriese menoscabo alguno? ⁽²⁾ Fácil es la respuesta: ninguna situación política reemplaza á la situación social. Ahora bien, ésta sólo puede darse por el trabajo social. La conciencia de ocupar por el trabajo personal, no sólo un puesto honroso en la sociedad, sino lo que es más digno todavía, un lugar útil á la totalidad, no se sustituye con ningún título, ninguna condecoración, ninguna dignidad. En el trabajo, y en el trabajo conforme con la condición social, se encuentra la formación de carácter, la fuerza moral educadora, no sólo para el individuo, sino también para la sociedad entera, fuerza cuya importancia jamás se elogiará debidamente. Hemos examinado este

(1) Cf. la Memoria del conde de Stein sobre la situación de la nobleza, § 16, en Pertz, *Frhr. v. Stein*, V, 237 y sig. Janssen, *Stolbergs Entwicklungsgang und Wirken*, 426 y sig.

(2) Neuburg, *Zunftgerichtsbarkeit und Zunftverfassung*, 174, 177 y sig.

punto, al hablar de la influencia de los esfuerzos para la perfección moral. ⁽¹⁾ Lo mismo ocurre aquí. Existe enorme diferencia entre el carácter de los obreros de hoy día y el de los de antaño, entre el de un ciudadano de nuestros tiempos y el de otro de los anteriores, entre el de un artesano posterior á la introducción de la libertad de industria y el de un artesano anterior á esta libertad. ⁽²⁾ La nobleza; no tiene, pues motivos especiales para lamentarse del menoscabo de su situación. Pero la amargura que experimenta por este rebajamiento, debe, ante todo, ser para ella motivo para elevar su vuelo hasta hacerse digna de las obligaciones que le competen en el trabajo social. Entre todas las clases, ella es la que más fácilmente puede hacerlo, á condición de que comprenda bien su misión y la realice formalmente. Podrá entonces recuperar, como antaño, á la cabeza de la sociedad, su puesto de combate, su misión protectora y distribidora del trabajo. Pero—lo repetimos una vez más—el medio para lograrlo es el trabajo, y el trabajo social, cuya influencia sobre el estado y costumbres de la sociedad, jamás se encarecerá como es debido. Por exigua que fuera la inteligencia y la estimación con que los antiguos considerasen el trabajo, muestran, no obstante, la influencia ennoblecedora que ejercía sobre ellos. Según testimonios de los escritores del tiempo de Nerón, existía gran diferencia entre aquellos Rothschilds, según que estuviesen en Roma ó en sus propiedades, en medio de aquellos de sus esclavos que trabajaban sus propiedades. ⁽³⁾ Estas mismas experiencias se vuelven á encontrar en todas partes. El gran rebajamiento de la nobleza francesa comenzó en el momento en que Luís XIV la arrancó de sus dominios, y, por el mismo hecho, de su trabajo, del trabajo de su condición social, para colocar á sus miembros como figuras decorativas alrededor de su trono. Siguió este ejemplo Alemania, empezando por Prusia,

(1) Tom. VI, Conf. XV, 6.

(2) Pesch. *Liberalismus*, etc., (1), I, 684 y sig. ((2), 716 y sig.).

(3) Cf. Columella, 1, 7, 8.

y luego, sucesivamente, los pequeños Estados. Exteriormente, pareció que la nobleza crecía en esplendor, por lo menos al principio; pero, desde el punto de vista social, quedó desfigurada, degradada, quebrantada, y, con ella, el trono que la sustentaba y vivificaba, es decir, la sociedad misma. Convirtiéndose en una nobleza de corte y ciudad, es decir, en una nobleza de aparato, decorativa, en una nobleza desbordante de prestigio al exterior, pero sin posición en la sociedad. Constantemente adopta las malas costumbres de los advenedizos y de los barones de talegas, bajo la dependencia de los cuales cae en estos medios; costumbres tales como la caza de empleos, la versatilidad, la arrogancia, la insolencia, la mezquindad para con los inferiores, el rebajamiento y la anulación para con los superiores, la propia alabanza sin base. Constituye entonces el punto de partida de las malas costumbres sociales: negligencia en el trabajo, frivolidad, falta de carácter, disipación del tiempo, y todos los vicios inherentes á la ociosidad, á la voluptuosidad y á la investigación continua de nuevas distracciones. La Revolución aprovechó la ocasión favorable para arruinar la vieja sociedad, como un castillo de naipes. Esos viejos nobles provincianos que comprenden todavía que su grandeza consiste en la obligación que les incumbe de ser los patriarcas de la agricultura y los ojos del trabajo, quizás puedan ser inferiores á sus primos en cuanto á sus usos y costumbres, pero, en desquite, son los reyes del suelo que les pertenece, y muestran en su carácter ese sentimiento real que los convierte en columnas y en esperanza de la sociedad. Ocupan su puesto, hacen su verdadero trabajo, y, por esto, son grandes.

Pero lo que decimos de una clase se aplica á las demás. Se mejorarían rápidamente las costumbres, serían más independientes los caracteres, más vigorosos, más elevados, y se regeneraría toda la sociedad, si cada uno volviese á emprender su trabajo, el trabajo de su estado y profesión, y si todos los hombres no trabajasen únicamente por

egoísmo, por avaricia, por ambición, sino que produjesen un verdadero trabajo social, provechoso ante todo al conjunto.

Esto supone, sin duda, la existencia del espíritu de comunidad, de abnegación personal y de sacrificio; pero que todas estas virtudes son inútiles, si no se les une el sentimiento religioso, es tan evidente, que no necesitamos aducir pruebas. En una sociedad en que la religión no represente el papel preponderante, todo lo que hemos dicho respecto á la obligación sobre el trabajo y sobre la propiedad, es un despilfarro inaudito del tiempo. Y todo lo que hemos dicho, y todo lo que podríamos decir, se comprende por sí mismo, desde que el corazón se eleva á suficiente altura para emprender el trabajo como un sacrificio religioso ofrecido á Dios. ⁽¹⁾ La sociedad no puede realizar las funciones de un jefe de policía, y menos aún las de un moralista ó un confesor. Su prosperidad descansa en que propietarios y obreros cumplan sus deberes. Pero estos deberes son obligaciones puramente morales, que ningún poder puede exigir, sino Aquel que penetra las conciencias. ¿Dónde hallará la sociedad auxilio y salvación, sino en la religión?

¿Cómo los hombres de ciencia, los hombres que ejercen el poder y sobre los cuales descansa la responsabilidad del porvenir, pueden dar de lado á la cuestión religiosa, con esa indiferencia de que ofrecen tantas pruebas? Duras son estas palabras, pero verdaderas. Pasan muy superficialmente por sobre las cosas más serias, y con frecuencia las miran con peores ojos, y las juzgan con más ceguera, que el hombre del pueblo. Éste quizás tenga excusa, cuando deplora la necesidad de trabajar para tantos hombres inútiles como celebran el domingo los oficios divinos, y que, según él, no producen á la humanidad utilidad palpable alguna. Pero ¿cómo juzgar á un sabio que predica al pueblo esta misma ciega sabiduría? Si ninguno de ellos tiene idea del trabajo social, ¿por qué hablar tanto de cuestiones sociales?

(1) V. Wallon, *Histoire de l'esclavage*, (2) III, 379 y sig.